

ponded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen más fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demás, cuando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabía que había de ser así, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamás bajo la opresión de los fuertes.

Porque aquel que es más fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es más fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se había desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no había otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que había hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y después de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo á los demás: Hermanos míos, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre común que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusieron en pie, y todos á una empuja-

ron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningún hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás á aquellos que viajan juntos.

VIII

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveía ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquirió, y como se había rebelado contra Dios, rebelóse la tierra contra él.

Acontecióle lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aquí para allí su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los más miserables.

Porque bien así como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y si no los vicios, el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios también este precepto: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay más fuertes y más débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obráis así, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insupportable.

Entróle entonces en el corazón un pensa-

miento del infierno. Fuése de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormían, y cargólos de cadenas.

Porque, decía él, yo los forzaré con el látigo y el azote á trabajar para mí, y yo comeré el fruto de su trabajo.

É hizolo como lo había pensado; visto lo cual por otros, hicieron otro tanto, y de entonces más dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese día fué día de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Mucho tiempo después hubo otro hombre más malo que el primero, y más maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habían multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Acaso podré aherrojar á algunos y obligarlos á trabajar para mí: empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor. ¡Que trabajen de balde! Morirán en verdad: pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas antes de que se hayan disminuído demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivía de lo que recibía en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado á sí mismo de aquella suerte, abocóse en particular con algunos, y díjoles: Vosotros trabajáis seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganaréis dos monedas, y viviréis más anchos vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Díjoles en seguida: Vosotros no trabajáis más que la mitad de los días del año; trabajad todos los días, y vuestra ganancia será doble.

Y creyeronle también.

Aconteció de aquí que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivían antes de su tarea no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre malo á quien habían creído, les dijo: Yo os daré trabajo á todos, con la condición de que habréis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré más que la mitad de lo que antes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor, mas no arruinarme.

Y como tenían hambre, ellos, sus mujeres y sus hijos, aceptaron la proposición del hombre malo, y le bendijeron, porque, decían ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de día en día su trabajo, y disminuyó cada vez más su salario.

Y moríanse de necesidad; mas otros se apresuraban á reemplazarlos, porque la indigencia había llegado á ser tan grande en el país, que se vendían las familias enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que había mentido á sus hermanos, acumuló más riquezas que el hombre malo que los había encadenado.

Este tiene por nombre Tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX

Estáis en este mundo como extranjeros.

Tomad hacia el Norte ó hacia el Mediodía, hacia el Oriente ó hacia el Occidente; donde quiera que os detengáis encontraréis alguien que os expulsará, diciendo: Este campo es mío.

Y después de haber recorrido todos los países, volveréis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincón de tierra donde vuestra mujer pueda dar á luz su primogénito, donde podáis descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es ésta en verdad.

Empero no debéis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Hase hecho pobre, empero, para enseñaros á soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que antes es secuela de la corrupción y de las malas codicias de los hombres; y he aquí por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamás el pecado.

Pero cada vez habrá menos pobres, porque la servidumbre irá poco á poco desapareciendo de la sociedad.

¿Queréis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros después, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que á otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte haciendo pobres podría disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseería nada.

Empero cada uno tiene también el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso sería eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emancipad vuestros brazos, y no será de entonces más la pobreza entre los hombres sino una excepción permitida por Dios para recordarles la fragilidad de su naturaleza, y el mutuo apoyo, y el amor que los unos se deben á los otros.

X

Cuando gemía la tierra toda en la expectativa de su salvación, alzóse una voz en la Judea, la voz de aquel que venía á padecer y á morir por sus hermanos, y de aquel á quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decía:

«Venid á mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde entonces hasta el día ninguno de los que han creído en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen á los hombres, predicábales á todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumación de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, ó de otro cualquier bien.

¿Qué sería el mundo si cesase de reinar el derecho en él, si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Más valiera vivir en el fondo de los bosques que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que toméis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres más miserables que las aves del cielo, á quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavía propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre, es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saquea, ¿qué otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es, pues, así atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quien quiera que nada posee, no puede llegar á poseer sino en cuanto á que otros poseen ya; pues que éstos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es bien, es interés de todos.

No lleguéis vuestros labios á la copa del crimen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI

Yo había visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado á los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos á la intemperie.

Y mi alma yacía triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y envióme Dios profundo sueño.

En mi sueño ví una manera de forma luminosa, en pie delante de mí, un espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis más secretos pensamientos.

Y estremecíme, no de temor, ni de gozo, sino como de una sensación, mezcla inexplicable y expresión de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estás triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse á reír la figura celestial con inefable sonrisa, y llegaron estas palabras á mis oídos:

Tu vista nada distingue sino al través de ese prisma engañador que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros: para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendía.

Y de repente el Espíritu: Mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entonces más para mí ni antes, ni después, en un punto mismo ví, y á la vez, lo que en su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y, para decir con todo lo que

ví, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecía como un solo hombre.

Y ese hombre había hecho mucho mal, poco bien; había experimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agobiado de una languidez interrumpida sólo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano había cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda había cargado á la derecha, y en medio de sus malos ensueños habíase de tal suerte rodeado en sus propios hierros que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque, en cuanto le tocaban solamente, pegábanse á su piel como plomo hirviendo, entraban en las carnes y no salían más de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconocí.

Y he aquí que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediodía, y un rayo de fuerza del Septentrión.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazón de aquel hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo también una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse también las tres voces, y formóse de ellas una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve á Dios, y no sirvas más que á él.

Y entonces, lo que hasta aquel punto no me había parecido sino un solo hombre, apareció á mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me había engañado mi primera ojeada, ni menos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron á decirse:

¿De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez, y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos encorvan hacia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejóse su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habían sido condenados por su Padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual, pues, probó á romper sus hierros, ninguno empero lo logró.

Y miráronse los unos á los otros con gran lástima, y, obrando el amor en ellos, dijéronse: El mismo pensamiento tenemos todos, ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, ó muramos juntos.

Y habiendo dicho esto sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis días contra los que los habían encadenado, y el sexto día quedaron vencedores, y fué el séptimo su día de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó á reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, é ir y venir sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aquí no se pasa.

Y los pequeñuelos cogían flores y traíanlas á sus madres, quienes dulcemente les sonreían.

Y ya no había pobres ni ricos, sino que en abundancia tenían todas las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡Gloria á Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza á sus hijos! ¡Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad á sus hermanos!

XII

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pie encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega á oídos del hombre.

Héme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado así el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habría querido quitar á los unos todo género de temor en sus iniquidades, y á los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino á sí mismo, porque se separa de sus hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

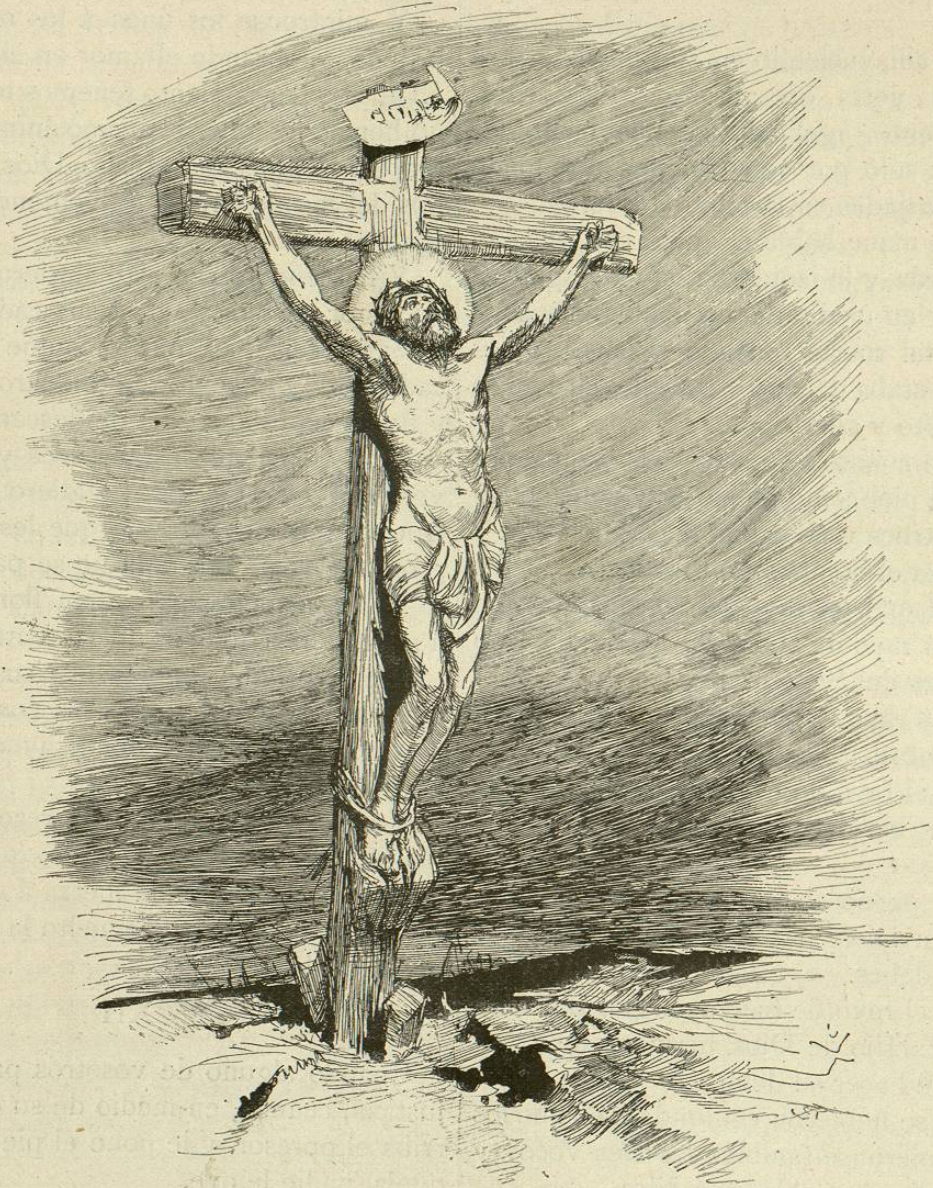
Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la hierba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud

innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oída: todas juntas, empero, hácense oír.

Vosotros también estáis ocultos debajo de la



hierba; ¿por qué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras á lo largo, y, de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demás no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced así vosotros, y romperéis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero

firmes. No os entreguéis ni á un primer, ni á un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y, alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid á vuestro Padre común:

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos queréis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, oh Padre, consejo á nuestro entendimiento, y fuerza á nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayáis orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temáis.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es sólo una prueba; ella volverá: porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Caín, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor extraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oía sobre las campiñas y los pueblos.

Y expresábanse entonces las tinieblas, y cada cual sentía oprimirse el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un trono, de hueso edificado, y al pie del trono un crucifijo derribado, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecían pensativos y tristes, y, desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercóse al trono, vacilando, y puso el pie sobre el crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba á fallecer. Mirábanle los demás inmóviles: no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no sé qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que había parecido próximo á desmayar, extendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramóla en el cráneo y bebiólo.

Y pareció aquel brebaje reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído á la tierra la libertad!

Y los otros seis hombres coronados alzáronse

todos á la vez, y exhalaban todos á la vez el mismo grito:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído á la tierra la libertad!

Dicho lo cual, tornáronse á sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos míos, ¿qué haremos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá expirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que más acertado le parezca.

He aquí por mi parte el consejo que me ocurre.

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religión nos ha perdido. Destruyamos la religión del Cristo.

Y respondieron todos: Así es la verdad. Destruyamos la religión del Cristo.

Y adelantóse otro hacia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida.

No tan sólo hemos de destruir la religión, sino también la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto á rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos: Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habían hecho los dos primeros, dijo un tercero:

Cuando hayamos sumergido de nuevo á los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religión, la ciencia y el pensamiento, habremos hecho mucho en verdad, empero algo nos quedará todavía por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningún pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no experimente otro tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y respondieron todos: Es verdad. No penetre en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y el cuarto: Nosotros tenemos nuestro interés, y el suyo también los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interés, ¿cómo le resistiremos?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interés contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y no pensarán en armarse contra nosotros.